

Apocrafías

Lanzamiento 12 de enero de 2023

Este libro lo escribí sin mayores pretensiones que el de ser leído. Adentro hay relatos que quiero mucho, personajes a los que me gustaría abrazar, invitarles a salir, a jugar. Es también un libro que sigue profundizando en mi herida, la de mi infancia. La herida de la religión que se ve en el título, porque esa palabra la aprendí alrededor de los nueve años cuando tuve que entender a presión que, a pesar de la falsedad de las historias de la biblia, había otras que además eran consideradas falsas, que se salían del canon. Un ejercicio de cajas chinas donde cada vez más adentro había más ficción.

En casa siempre hubo más de una biblia. Había al menos dos versiones. Estaba la Traducción del Nuevo Mundo de las Santas Escrituras y, por otro lado, la Latinoamericana. En esta última figuraban libros como el de los Macabeos y Judit. Aquí quiero detenerme porque, como la Latinoamericana no era fuente de estudio, nunca revisé esas historias, porque claro, eran apócrifas. Pero ahí estaba, ella, la mujer justiciera que hizo lo que nadie se había atrevido.

Es curioso porque, pensar en las otras mujeres que aparecen en las sagradísimas escrituras, es remitirse a historias de servidumbre y poco ímpetu. A los hombres se les perdonaban los deslices porque su mayor misión era dirigir al pueblo de Dios, pero a las mujeres se les castigaba rápidamente y cargaban, desde Eva, con el dolor de parir, criar, sostener un hogar, ser objeto de deseo, objeto de triunfo en guerras. Trato de pensar en nombres de mujeres en la biblia que demuestren el arrojo de Judit, la apócrifa y no. No hay nada. Siempre en el silencio, en la obediencia y, si no, en el lado de la traición, la tentación y la maldad.

En una primera instancia había pensado a Apócrifa como una posible novela, quería resignificar la historia de Judit y problematizarla con el contexto chileno. Pero me retraje cuando empecé a investigar en temas del sename. En mi mente, la historia era de una ex chica sename que estaba allí por proteger a una de sus amigas de un violador. Me detuve por salud mental, porque venía atravesando una crisis emocional y decidí dejar ese proyecto al lado, como muchos otros, donde la escritura me resulta insostenible por lo árido de la idea.

Tenía escrito el cuento del pan, el de la once. Se lo había mostrado al Mau como mi ex editor y amigo de letras, compañeros en la frustración de ser lo suficientemente improductivos para el sistema de concursos y lo suficientemente productivos para estar creando constantemente. Leyendo y creando. Conversando

y creando. Viendo y creando. Pero aquí estamos, nos animamos y corremos el riesgo de que lo que hacemos esté expuesto. Esa parte apócrifa de cada uno.

Sobre los relatos, voy a citar a Perec en *Lo infraordinario*: “Lo que pasa realmente, lo que vivimos, lo demás, todo lo demás, ¿dónde está? ¿Cómo dar cuenta de lo que pasa cada día y de lo que vuelve a pasar, de lo banal, lo cotidiano, lo evidente, lo común, lo ordinario, lo infraordinario, el ruido de fondo, lo habitual? ¿Cómo interrogarlo? ¿Cómo describirlo?”

Si bien Perec apunta posteriormente al ejercicio de interpelación a esos objetos que están allí, de forma constante en nuestras vidas y nos invita a interrogar a las “cosas comunes”, y si bien mi libro no responde al ejercicio de observar esas “cosas comunes” y luego escribir; creo que esta idea, tal como Perec la plantea, llega justo a darle al corazón del sentir apócrifo: las historias comunes de mujeres comunes en un país largo y común.

De hecho, tomar el taller de minificción con Paulina, en plena pandemia, es el germen de esta obra. Paulina nos enseñó a poner luz sobre partes, fragmentos, espacios mínimos. Lo que cabe en la palma de una mano. Lo que nos echamos al bolsillo. Escribir historias pequeñas que nos dejen en shock o medio atontadxs.

Eso quise hacer, supongo.

Creo que los diez cuentos que componen Apócrifa son una especie cortos tomados con una *go pro*, van por ahí buscando secretos, lugares inadecuados. O algo así. La caída del pan caliente, una muchacha pintando cuadros que esconde bajo la cama, una chica sentada en los roqueríos de la playa, una madre en el dintel de una puerta escuchando UB40, una chica que se golpea a sí misma en la sala de espera de urgencias, una mujer que se entrena para cobrar venganza, una anciana sola que arrienda una cabaña, una niña que ve a escondidas cine alternativo, una escolar que colapsa en medio de la clase de lenguaje y una niña que va a vivir el cambio de siglo.

Puede que mi libro no sea extraordinario ni exótico, pero eso es precisamente lo que más me gusta.

Gracias Mau por animarme a mandarlo y leerlo junto conmigo, gracias a Queltehue Ediciones, Daniela y Joaquín, por recibirlo y hacer de este el puntapié inicial de la nueva colección de narrativa, gracias Paulina por las hermosas palabras de la contraportada y por llorar juntas “Cómo bailar con tu padre”, gracias a quienes me han acompañado en este proceso llenándome de amor.

Insisto en que este libro tiene como tema el amor, aunque a veces no se note. Se abre con la historia de un encuentro amoroso y cierra con el amor relegado a la memoria y al pasado. En el epígrafe puse un fragmento de la canción *True love will*

find you in the end, de Daniel Johnston, porque creo que ese es el punto: al final, el verdadero amor nos encontrará; o nos ha encontrado ¿al final de qué? Me atrevería a decir que al final de cada paso.

Gracias por estar en este paso, que es el lanzamiento inicial de una escritura ya terminada sobre el amor y sobre mujeres incorrectas que no tienen lugar en la tradición. Mis mujeres apócrifas.